

ROQUE ESTEBAN SCARPA

PALABRAS CORDIALES SOBRE
GOETHE

C U A N D O E S O S termitas de contextura humana, que carcomen el silencio y despojan de respeto los lugares ilustres con su frivolidad, desaparecieron después de haber depositado una mirada boba y cerrada como un huevo sobre ciertos objetos preestablecidos; cuando el ronroneo, monótono y urgido, de quien los guiaba, hubo cesado de horadar paredes y perseguirme en oleadas espesas y aceitosas, pude, en el centro de un silencio de nuevo transparente y en la abierta soledad de una hora, buscar a Goethe allí, en la alta casa de la infancia, en el interior de la poesía y la verdad.

En lo externo, Frankfurt, renacida, sonaba con una prisa extranjera, advenediza, que el río Main no lograba someter a canon con su clásica compostura de siempre. Dentro, en la mansión restaurada de Johann Kaspar Goethe, el orden de lo que ya no se vive presentaba un carácter viejo y joven a la vez, es decir, eterno. Había que descubrir en ese orden el hábito de lo vivido para reencontrar al Goethe humano; descascarar la geometría de la disposición de las cosas y volverlas al tiempo en que fueron usadas, movidas, gastadas, para que cobrasen significado y, entre ellas, se sintiera a gusto el recuerdo de Goethe, que vería en esa tesitura de vida y muerte al unísono, el signo que presidió, desde su nacimiento, sus años de mocedad y de madurez.

El orden en que están dispuestas las cosas parece trasuntar una amable y secreta lucha entre el espíritu didáctico del padre, de entusiasmo contenido y una seca ternura, con la espontaneidad de Katharina Elisabeth Textor, a quien Dios —según ella confesaba— le había hecho la gracia de darle un alma sin corsé. Sólo después de descubrir este juego doble en las cosas, se advierte que la geometría ordenadora no es inhumana, que lo eterno no es inmóvil, sino

un equilibrio solar que ha convertido la tentación dionisiaca del arte en espacio, en armonía, en plena humanidad. Y allí puede revivir Goethe, porque eso es él, la conversión del peligro en más vida, del ocio en interioridad, de lo subjetivo en idea, de lo real externo en sustancia del alma, en dinamismo del ser, y todo ello —como él dice—, “en aquella irónica disposición de ánimo que se eleva por encima de los objetos, por sobre la dicha y la desdicha, el bien y el mal, la muerte y la vida, entrando así en posesión de un mundo verdaderamente poético”.

Logro que no es simple, aunque pareciese haber sido uno conformado para ello, aunque secretamente se haya o se le haya elegido para ello. Tarea para toda una existencia, donde hay que rectificar lo que el mundo, eternamente contradictorio, impone, y lo que se lleva en sí. Goethe bien sabía que el crecimiento no es un simple desarrollo de predisposiciones heredadas y conjugadas. Si no ignoraba que los distintos sistemas orgánicos que forman el hombre se derivan unos de otros, tampoco desconocía que no sólo se hostigan entre sí, que hasta recíprocamente se destruyen, de suerte que de muchas aptitudes, de muchas manifestaciones de energía, apenas se encuentran rastros, al cabo de cierto tiempo. Velar sobre ellas es defender el total patrimonio de lo humano confiado a cada hombre que nace, y esa diligencia y lucidez demandan que el intelecto no suprima a la naturaleza y que el complejo natural no enturbie el espíritu, sino le sirva. Más alma, más luz, se exige Goethe a sí mismo, día a día, porque hay que llegar al término lo más entero posible. Y ser totalmente uno mismo —con el matiz de sus peculiaridades— es ser más hombre.

Como un signo premonitorio de la dificultad de la tarea de estar vivo; como una señal de que siempre, aunque los cielos nos parezcan propicios, nos rodean las posibilidades de no ser, la negación y la muerte, recuerda Goethe el *Leit motiv* de la circunstancia de su nacimiento. La hora era venturosa (sonaban en todos los relojes de Frankfurt las campanas del mediodía); la constelación celeste era afortunada: el sol estaba en el signo de Virgo, culminando en ese momento; se miraban amorosamente Júpiter y Venus; Mercurio no era adverso; Saturno y Marte, indiferentes; sólo la Luna, que acababa de llegar a su apogeo, desplegaba el poder de su oposición, tanto más que su hora planetaria había comenzado al mismo tiempo. Y en el concierto de la armonía celeste, bastó el influjo del astro cercano y muerto, para que el niño viniera al mundo semidifunto, y sólo a costa de múltiples esfuerzos pudo lograrse que alentara y viese la luz. Una influencia de signo adverso puede quebrar todo el significado

de una armonía propiciatoria, pero si es vencida, representa un primer triunfo de la vida sobre la muerte, un ejemplo inicial para toda la existencia.

Trasladado al plano de un beneficio inmediato para los demás, trasciende el hecho de que el infante viva para prefigurar que ya esta lucha entre el apetito de existir y la oposición de la muerte será una mayor posibilidad de vida para los que han de nacer. Por un lado, la impericia de la comadrona, incita al abuelo Textor, alcalde de la ciudad, a restaurar la enseñanza del arte de la ayuda a bien parir y, con más ciencia, a la salvación de más vida; por otro, el que Johann Wolfgang Goethe, instintivamente, haya vencido en su primera lidia con lo que destruye, ¡cuánta conciencia del hombre trajo al mundo, cuánta universalidad al hombre germano, cuánta germanidad al de otras naciones!

Esta conciencia del hombre es lo que le hace nuestro contemporáneo y amigo. No nos asusta con su ciencia, ni nos anonada con su gloria, ni nos hiela con su solitaria grandeza, porque tras su saber y poesía, tras su fama y soledad, es capaz de hablarnos en sus escritos a la medida nuestra. Si nuestra red celeste no aprisiona todos los reflejos de sus especulaciones ni retiene el filo acerado de sus ideas madres, siempre caza lo que a la necesidad que padecemos conviene, la nota esencial de su música que crea un espacio en nuestra alma para la resonancia, una palabra precisa de sus meditaciones que ensancha nuestra conciencia de lo existente. No importa que no le veamos en su totalidad: él, que se contenía, tampoco se poseyó totalmente de una vez para siempre, sino en esa sucesión temporal obligada a comprender y a rectificar, que constituye el pensamiento y la vida del hombre, y el acicate para la obra en que va dándose.

Goethe amigo, los profesores de literatura, los estudiosos sapientes que chorrean al pie de cada página la esperma de las citas, consumido el fulgor de la candela, no impidieron que me acercara a ti, a ti, que te hiciste, en cierto modo, solo, a solas y en medio del mundo. Quizá no lo impidieron porque era muy temprano cuando te encontré; pude abrir ciertos libros porque ignoraba que antes de hacerlo, hubiera debido, según ellos, de atravesar las espinosas alambradas de la bibliografía y conocer lo que pensaron de tu pensamiento los que no siempre fueron capaces de pensar por sí mismos, los momificadores de lo viviente, esos filósofos especiales que tú calificaste de Apolos sauróctonos, ojo siempre avizor, buril en ristre, para pinchar una lagartija —que en eso se les convierte de la palabra hasta la mariposa. Era demasiado joven para conocer la tentación y así se salvó nuestra amistad. Tú sabías que el hombre sólo comprende lo que lleva en sí,

y perdonas que el Goethe mío no sea tan sapiente, pero en cambio, humano; no un nombre venerable que intimida, sino un hombre. No la testa de mármol que abraza una corona de laurel, sino la piel del rostro trizada por una tensa vena en una de las sienas. Cuando tú dijiste en *Poesía y verdad*, que cuanto de ti se conoce no son más que fragmentos de una gran confesión, yo sabía que iba por buen camino en lo que a mí atañe. Si en el *Wilhelm Meister* considerabas que para poseer por completo una cosa, para dominarla hay que ir derechamente a ella, hay que estudiarla en sí misma, me estabas atestigüando algo que intuía, y esa experiencia tuya de estar destinado a llegar penosamente, mediante la contemplación y consideración de las cosas, a una idea que quizá no te habría parecido tan notable y fecunda si alguien te la hubiera comunicado, antes me sobrevénía a mí como algo angustioso y arduo, y ahora, en cambio, se me iluminaba como requisito propio del madurar.

El conocimiento que tenías de tu límite y de tus condiciones, nos enseñaba en una discreta advertencia. Si la sociabilidad la llevabas en la masa de la sangre y, a causa de ella, pudiste granjearse colaboradores en múltiples empresas y capacitarte para colaborar de ellos, con el logro de la dicha de verte a ti mismo seguir viviendo en ellos y contemplarlos a ellos continuar viviendo en ti, ese gozo de la mutua proyección, de la compañía y del apoyo en la tarea común, no enturbiaba la certeza de que tenías que convocarte en lo más íntimo de ti, en tu más solitaria soledad, para dar lo mejor tuyo, hasta exaltar la paradoja de que ha de ser egoísta el hombre para no hacerse egoísta, y que sólo reuniendo se puede dar, y esa es tarea de recogimiento incomunicable, a solas. Escribías en *Los años de peregrinaje*, que, para los menos dotados, todo lo que hacen se encuadra en las fronteras cerradas de un oficio; que el de mayor talento elevará el oficio a arte, y, para el mejor de todos, realizar sólo una cosa es hacerlas todas o en la sola cosa que hace, verá el símbolo de todo lo bien hecho. Esa entrega absoluta a la perfección como necesidad interior, como modo de ser, otorga a cada acto, aun al más pequeño, el peso y la nobleza de lo pensado y sentido en eternidad. No importa que haya que rectificar en el tiempo esa perfección —siempre relativa por humana—, mientras el ansia de ella mueve el ánimo y nos pruebe de que seguimos vivos.

La medida está en que nos respetemos y en que seamos dignos de la responsabilidad que se nos ha encomendado, esa responsabilidad no expresada, pero sentida como si una voz la dictara dentro de nuestro silencio. Hay quienes buscan el movimiento y la vanidad para no escucharla; otros, se torturan con la vastedad de la tarea y el

fin lejanísimo de su conquista, sin pensar que el punto no está en lograrla, sino en emprender el camino, en servirla en el tiempo, en moverse hacia ella. Tú mismo, amigo mío, cuando te irritabas con el mundo civilizado de tu época, llegabas a decir que merecía, hartas veces, el nombre de selva; pero, en ningún momento, excluías que una parte de esta deficiencia también era tuya, porque la llevabas dentro como tentación, aun cuando el estímulo era, gracias a tu conciencia, un imperativo de transformarla en bien. No debía importar que el grueso ruja su voluntad de poder; que los astutos ondu-len, el vientre pegado a la tierra; que abran otros, sus ojos vacíos en una suntuosa cola de vanidad real. Tú eras hombre y tenías que testificar —aunque fueras el único—, por todos los que renuncian a su humanidad. Bastaba que existiera uno en la selva o en el yermo de lo humano, para que lo humano perdurara, y con mayor significación aún, en tanto más denso fue el lastre que tuvo que vencer para el vuelo.

¡Qué gran trabajo sobre ti mismo nos enseñas! Valga el ejemplo de la ingratitud que obscurecía a veces tu corazón. “Soy por naturaleza tan poco agradecido como cualquiera, y en el olvido de un bien recibido puede conducirme facilísimamente a la ingratitud el vivo sentimiento de una desavenencia momentánea. Para combatir esto, acostumbrome desde un principio a acordarme siempre de buen grado de todo cuanto poseo, de la forma como lo obtuve, de quién lo recibí, ya fuera en virtud de obsequio, cambio o compra, o de cualquier otro modo. Contraje la costumbre de, cuando enseñaba mis colecciones a alguien, mencionar a las personas por cuya mediación adquiriera los distintos objetos que las integran, y hasta a hacer justicia a la ocasión, el caso, el motivo y la cooperación aún más remotos, gracias a los cuales llegaron a mis manos cosas que amo y estimo. Todo cuanto nos rodea cobra por este hecho una vida, vémoslo en una concatenación espiritual, amorosa, genética, y mediante la recordación de estados pretéritos, se realza y enriquece el momento presente, acuden reiteradamente a la imaginación los causantes de los dones, se enlaza a su imagen un grato recuerdo, tórnase imposible la ingratitud, fácil y apetecible, la eventual correspondencia a las atenciones recibidas. Al mismo tiempo, nos vemos conducidos a la consideración de aquello que no es posesión sensible, y de buen grado recapitulamos de dónde emanan y de qué fecha datan nuestros bienes superiores”.

De aquí se desprende que cada uno tiene su propia felicidad en sus manos “como el artista la materia bruta que quiere transformar en una figura”, según dices en *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister*. Pero ocurre con este arte lo que con los otros: de modo in-

nato sólo tenemos la aptitud que ha de ser educada y ejercitada cuidadosamente. El primer ejercicio ha de ser vigilancia, el segundo de amplitud, de sensibilidad a los estímulos, de valoración de todo lo existente. Para inquirir tu íntima naturaleza, debías dejar penetrar en ti a la naturaleza exterior. "Procuraba desligarme interiormente —nos decías—, contemplar amorosamente lo exterior y dejar que cada ser, del hombre para abajo, cada uno a su manera, obrase en mí tan profundamente como pudiera concebirsele. Derivábase de ahí una admirable afinidad con los distintos objetos de la naturaleza y un íntimo acuerdo, una armonía en el conjunto, de suerte que cada cambio, ya fuere de lugares y regiones, ya de días y estaciones del año o de cualquier otra índole, me afectaba a mí en lo más íntimo". Vivo frente a lo viviente, centrado en sí ante lo cambiante, Goethe da la lección primera del engrandecimiento ético y espiritual. De allí deriva lo polifacético de su arte, su poesía y su ciencia, su prosa y su ensueño del mundo. No dejar que la experiencia negativa haga coriácea la piel, que ya no sabría el paso tierno de la luz sobre ella.

Y para esto, mantener siempre ágil y flexible el espíritu de juego del niño, que se entrega totalmente a lo que hace y se convierte en lo que hace, y junto a él, también la distancia irónica que da ángulo y perspectiva, línea y volumen, al espectáculo del mundo. De ti, inmenso creador, tus exégetas olvidan lo que al parecer rebajaría tu nobleza de dios olímpico, sin pensar que aquello es parte de tu genio —aunque sea sólo ingenio—, juego que es también experiencia y ejercicio de cosas mayores. Frente a la seriedad de tu pensar, ¿por qué no traer al recuerdo —para humanizarte y ponerte a la altura del hombre de todos los tiempos—, los chispazos no ya de tu excelsitud, sino los de tu picardía? ¿Qué pensabas tú, por ejemplo, de tus queridos alemanes? Muchas cosas, sin duda; pero voy a recordar apenas cuatro, que revelan esa vertiente crítica-juguetona de tu espíritu. "Poseen los alemanes —modera la expresión agregando que no sólo ellos— el don de hacer inaccesibles las ciencias". "Los alemanes siempre han demostrado sentir una especial veneración por los ingenios malogrados que prometían mucho". "El alemán auténtico se caracteriza por la multiplicidad de cultura y la unilateralidad de carácter", y, por último, esta reflexión excesiva que sugiere el conocimiento que tenía Goethe de lo endemoniado de su lengua: "El alemán debe aprender todos los idiomas para que a él en su casa ningún extranjero le resulte molesto, y él, en el extranjero, se halle como en su casa".

Debiera glosar cada una de esas sentencias, pero en mérito a la brevedad, cortesía del espacio y del tiempo, quiero señalar que en ellas mezcla lo veraz con la caricatura, como una muestra de la liber-

tad de su espíritu, tan alemán por lo demás, como un vasallaje a la gracia en desmedro de la exactitud. ¿Pensaría quizá, respecto a aquello de la inaccesibilidad de la ciencia, en sus propios ejercicios preparatorios en Wetzlar, cuando en su juventud participaba en esa orden extraña, bufonesca e innominada, filosófica y mística, que tenía cuatro grados de ascensión a un conocimiento esotérico, el primero de los cuales era llamado el tránsito, mientras el segundo, el tránsito del tránsito; el tercero, el tránsito del tránsito al tránsito, para finalizar en el cuarto grado que constituía el tránsito del tránsito para el tránsito al tránsito?

Voy pensando en esto, mientras recorro la antigua casa con las hermosas estufas de porcelana, las figuras recortadas en negro, el reloj astronómico que está señalando horas y días que tú no has visto, la amplia escalera de peldaños desgastados, ese retrato tuyo con esos ojos heredados de tu abuela Textor, los ojos de águila, el ojo que, de todos los sentidos, era aquél con que percibías el mundo. En una sala, el teatro de marionetas con las máscaras dibujadas en el frontis y las losas blancas y negras de su piso; el teatro de marionetas donde la abuela, una noche de Navidad, le reveló a Goethe niño el mundo mágico de la animación dramática, sin sospechar que si daba curso a una posibilidad innata que en ella vivía y, agazapada oscuramente, en el nieto, ese último regalo suyo antes de morir tendría vitales consecuencias para la escena y el espíritu alemanes. "Todo se conjura como casualmente y sin que yo ponga nada de mi parte", dirás en *La misión teatral de Wilhelm Meister*. Nada y todo, porque un principio es sólo una posibilidad, porque un don vocacional es una responsabilidad, y tú condujiste ambos hasta donde nadie los había llevado. La escena pequeña del teatro de marionetas se hizo en tus manos tan vasta como el orbe.

Desciendo las escaleras. Frankfurt me aguarda con su sol y lluvia primaverales. El Main canta la fugacidad de los cielos. Pero el hombre se siente orgulloso y reconfortado con tu presencia viva en el recuerdo.